

LA IMPORTANCIA DE LAS REDES DE APOYO EN EL PROCESO RESILIENTE DEL COLECTIVO INMIGRANTE¹

María Teresa Rascón Gómez²

Abstract: In this article we analyze the extent to which the social system of relationships influences the process of building the resilience of the immigrants. Own adversities of any migration process are a source of risk in building resilient attitudes, hence the need to deepen the personal, family and social factors that make it possible for these people to leave strengthened in a number of negative experiences surrounding their immigrant status. To do this, we wanted to recover some evidence that in addition to showing different ways of dealing with adversity are a clear example of the importance of support networks in building resilience.

Keywords: resilience; immigration; support networks

Resumen: En el presente artículo se analiza en qué medida el sistema social de interrelaciones influye en el proceso de construcción de la resiliencia del colectivo inmigrante. Las adversidades propias de cualquier proceso migratorio constituyen una fuente de riesgo en la construcción de actitudes resilientes, de ahí la necesidad de profundizar en los factores personales, familiares y sociales que hacen posible que estas personas salgan fortalecidas de una serie de vivencias negativas que rodean a su condición de inmigrante. Para ello, hemos querido recuperar algunos testimonios que además de mostrar distintas formas de afrontar la adversidad, son un claro ejemplo de la importancia que tienen las redes de apoyo en la construcción de la resiliencia.

Palabras clave: resiliencia; inmigración; redes de apoyo

Introducción

No es posible hablar de humanidad sin hacer referencia a los procesos migratorios. Desde la prehistoria el ser humano se ha desplazado buscando su expansión y supervivencia. Los primeros procesos migratorios fueron protagonizados por el hombre primitivo hace miles de años, por lo que nuestros orígenes proceden de nuestra necesidad de desarrollo.

A esta capacidad que tienen las personas y los grupos de recuperarse y salir reforzados ante una situación difícil o traumática se le denomina resiliencia. El origen del término procede del verbo latino *resilio* o *resilire*, que significa saltar hacia atrás y/o rebotar. Son numerosas las ciencias que lo emplean bajo diferentes acepciones. El primero en introducirlo fue el ámbito de la Física, donde se entiende por resiliencia a aquella capacidad que tienen los

cuerpos para volver a su forma original después de haber sufrido deformaciones producto de la fuerza (Suárez, 2004). Posteriormente, las Ciencias Sociales adoptan el término para referirse a la energía o capacidad que tiene un individuo o grupo para sobreponerse a períodos traumáticos o de dolor emocional.

Todas las personas experimentamos en algún momento de nuestra vida momentos complicados desde el punto de vista emocional, ya sea por: el fallecimiento de alguien cercano, por dificultades cognitivas, físicas, emocionales o sociales. Lo cierto es que hay determinados núcleos de población que a consecuencia de su exclusión social son más vulnerables que la mayoría para lograr el equilibrio emocional que nos proporciona nuestra capacidad de resiliencia. Nuestro artículo se centrará en uno de estos colectivos: los inmigrantes. Y más concretamente, en las mujeres inmigrantes marroquíes, quienes a consecuencia de su género sufren una doble exclusión.

A menudo, el estudio de la resiliencia ha puesto el énfasis en la individualidad, es decir, en las características personales del sujeto que se enfrenta a una situación adversa. Sin embargo, nuestro análisis trata de indagar en el proceso resiliente del inmigrante a partir del contexto social y de las redes de apoyo que lo rodean. Redes encargadas de generar esa energía que nos permite reponernos de situaciones que nos desestabilizan e incluso salir fortalecidos.

Para ello contaremos con los testimonios de diversas mujeres marroquíes que explican, en primera persona, las dificultades que han encontrado tras su proceso migratorio; así como las razones que motivaron que no se rindieran ante las complicadas circunstancias que han rodeado su proceso migratorio.

Son historias de mujeres que, a pesar de numerosas dificultades, han sido capaces de sacar a sus familias adelante. Todo ello en las condiciones que supone la adaptación a una vida nueva, en una sociedad donde se emplean una lengua y unos códigos culturales distintos a los de origen. En la mayoría de los casos rodeadas además de importantes carencias económicas y afectivas, y del rechazo por parte de sociedad de acogida por su condición de inmigrantes y musulmanas.

1. La evolución del estudio de la resiliencia

El concepto de resiliencia ha pasado por varios estadios a lo largo de la historia. Antes de que irrumpiera en el ámbito de la

Psicología, esta disciplina se preocupaba más por analizar los efectos que una situación traumática podía provocar en el sujeto (debilidades, déficits, vulnerabilidades), que de la capacidad de la persona para superar ese acontecimiento doloroso. Poco después se introdujo el vocablo de “invulnerables”, para referirse a sujetos que salen indemnes de una situación traumática, considerando que se trataba de individuos que tenían una especie de coraza que les hacía “impermeables”, impidiendo que los efectos negativos de la vivencia traumática calaran en su ser.

No fue hasta la década de los ochenta cuando podría hablarse de lo que O’Dougherty y Masten (2013) llaman primera ola en el estudio de la resiliencia, ya que a partir de ese momento se comienza a dar cabida al término resiliencia en el ámbito de la Psicología, sustituyendo así al de “invulnerabilidad”.

Werner y Smith (1982) fueron los artífices de introducir este término a partir de la publicación de un estudio longitudinal que desarrollaron en la isla de Kauai (Hawai). La investigación contó con una muestra total de 698 niños nacidos en condiciones muy desfavorables. A una tercera parte de dicha muestra (210 sujetos) se le hizo un seguimiento durante treinta años, por considerar que eran “población de riesgo” (por sufrir situaciones de violencia y alcoholismo familiar, problemas de salud graves, divorcios y enfermedad mental por parte de un familiar).

Cuando estos niños cumplieron la mayoría de edad, las autoras observaron que dos tercios de ellos estaban sufriendo las consecuencias de una infancia difícil (delincuencia, trastornos psíquicos, problemas cognitivos, etc.). Pero, lo especialmente significativo de estudio fue que el resto de los niños (un tercio) evolucionaron favorablemente y parecían llevar una vida adaptada.

Con estos resultados, Werner y Smith pusieron de relieve que no todas las personas que pasaban situaciones de gran adversidad en su infancia desarrollaban necesariamente problemas de comportamiento o eran incapaces de salir de la exclusión.

La investigación también sirvió para identificar una serie de factores de protección que a su juicio lograban equilibrar la balanza frente a los factores de riesgo a los que habían estado sometidos estos niños durante su desarrollo. Entre estos factores de protección destacaron la participación en un grupo, ya fuera de la comunidad o de la Iglesia, y la existencia de un fuerte vínculo afectivo con un tutor o cuidador no representado necesariamente por sus figuras paternas.

La investigación de Werner y Smith (1982), así como las realizadas por otros autores posteriormente (Rutter, 1985; Wortman y Silver, 1989), provocaron la aparición de nuevos enfoques en el estudio de la resiliencia. Estos autores conformaron lo que O'Dougherty y Masten (2013) denominan la primera ola sobre la adaptación positiva en contextos de adversidad. Esta primera ola se centró en la *identificación de los factores individuales de resiliencia que marcan la diferencia*, una corriente que recibió influencias de la cultura norteamericana del individualismo, preocupándose principalmente del estudio de las características individuales del sujeto, y de las variables o vínculos que se establecen entre éste y su entorno.

La dificultad para establecer una causalidad entre determinados factores de protección y el desarrollo de la resiliencia, motivada por la influencia que inevitablemente se da entre las variables personales y sociales, y la posibilidad de que un mecanismo de protección se pueda llegar a convertir en un factor de riesgo y viceversa (Rutter, 1990), posibilitó la aparición de una segunda ola en el estudio de la resiliencia. Esta segunda etapa coincide con la *incorporación del concepto de resiliencia en sistemas ecológicos y de desarrollo enfocados a la investigación de los procesos*. En ella se realiza una evaluación más compleja de las influencias ambientales y familiares, tratando de obtener una comprensión integradora de los procesos que conducen a la resiliencia.

Esta corriente concibe la resiliencia como un fenómeno que se conforma a partir de muchos procesos, por lo que amplía su objeto de estudio, preocupándose por las relaciones y sistemas más allá de la familia, así como de la incorporación de los procesos biológicos, sociales y culturales. Según esta corriente, el impacto del contexto social del niño está mediado, en parte, por la percepción y la interpretación que éste realiza de sus experiencias, razón por la cual muchos investigadores se centrarán en tales procesos internos.

Según los estudios realizados en esta línea, las características individuales del niño, como una autoestima alta, solo se asocian con la capacidad de recuperación de algunos niños, pero no de todos. Esto lleva a muchos autores a preguntarse si existe o no congruencia entre las creencias y expectativas del niño y su capacidad de alcanzar las metas establecidas. Además, en el ámbito de la Psicología, es frecuente encontrar estudios que se centran en las capacidades individuales de una persona para explicar la

resiliencia, pero son pocos los que analizan los procesos, y la forma en la que éstos pueden ser culturalmente influidos, o pueden interactuar con demandas y expectativas culturales. Como bien apunta Cyrulnik (2008:214) *"la resiliencia es un proceso, un devenir del niño que, a fuerza de actos y palabras, inscribe su desarrollo en un medio y escribe su historia en una cultura"*.

La tercera ola representó una confluencia de los objetivos, modelos y métodos de resiliencia. El objetivo era *intervenir para el fomento de la resiliencia*, y para ello se trasladó a la sociedad la ciencia básica de la resiliencia mediante acciones. Los autores que navegaban en esta ola pensaban que era importante llevar a la práctica las teorías sobre resiliencia con el fin de evaluarlas y ofrecer a la sociedad objetivos, modelos y métodos de prevención que favorecieran la capacidad de resiliencia cuando ésta no aparecía de manera natural.

Finalmente, la cuarta ola hace referencia a la necesidad de una investigación resiliente centrada en niveles sistémicos múltiples, procesos epigenéticos -entendidos éstos como aquellos procesos que a causa del ambiente celular modifican la actividad del ADN sin alterar su secuencia- y procesos neurobiológicos. Se basa en la idea de que la adaptación es multinivel, por lo que el ámbito de estudio de la resiliencia ha tomado una dirección muy interdisciplinaria capaz de ofrecer soluciones más integradoras a la capacidad de recuperación de las personas ante la adversidad.

En esta cuarta ola existe un gran interés hacia investigaciones relacionadas con las interacciones entre la genética y el medio ambiente; con la sensibilidad biológica al contexto; con la calibración de los sistemas adaptativos; con las intervenciones dirigidas a normalizar sistemas adaptativos mal regulados en el organismo, como el estrés o la función inmune; la evaluación de los biomarcadores... Se trata de buscar la integración de modelos e investigaciones sobre la resiliencia en los ecosistemas, los sistemas sociales, biológicos y neurales.

En la aparición de esta cuarta ola tienen una gran influencia los avances en la investigación del genoma humano. Los cuales vienen a demostrar que, contrariamente a lo que se pensaba en otra época, los genes no determinan lo que somos. Las experiencias también marcan nuestro ADN, pudiendo dejar a las generaciones futuras una herencia que va más allá de lo genético.

2. Características de la resiliencia y fortalecimiento

Este enfoque integrador de la resiliencia al que aludían O'Dougherty y Masten (2013) en el apartado anterior, ha hecho que se convierta en foco de interés para muchas ciencias. En la actualidad existe una especial preocupación por encontrar mecanismos que favorezcan la prevención ante lo que se consideran factores de riesgo para el individuo, y dotar a este de herramientas que le permitan dominar *"el arte de navegar en los torrentes"* (Cyrulnik, 2008: 213). Una de las definiciones sobre resiliencia que mejor recoge su carácter holístico, en el que se entremezclan e interaccionan factores culturales, sociales y biológicos, es la de Kotliarenco y Cáceres (2011) cuando refieren que *es un proceso dinámico, constructivo, de origen interactivo, sociocultural que conduce a la optimización de los recursos humanos y permite sobreponerse a las situaciones adversas. Se manifiesta en distintos niveles del desarrollo, biológico, neurofisiológico y endocrino en respuesta a los estímulos ambientales.*

En los últimos años la mayoría de los estudios más rigurosos ponen de manifiesto que ninguna de estas variables, personales o contextuales, por sí sola, es causa suficiente o necesaria para poder hablar de resiliencia. La resiliencia es el resultado de la interacción entre muchos y diferentes factores ambientales y personales (Cyrulnik, 1999; Bonanno, 2004; Rutter, 1993,1999; Werner, 1995). Por tanto no se trata de un proceso acabado ni de una capacidad que se posea de una vez para siempre, sino que es algo dinámico y que puede expresarse de muy diferentes maneras en culturas o entornos diversos (Cyrulnik, 2001). La resiliencia es una capacidad con la que todos nacemos, no se trata de un don exclusivo ni excepcional de algunos afortunados (Masten, 2001). Sin embargo, según Cyrulnik (1999), esta capacidad va siendo disminuida por los padres y maestros de los 2 a los 19 años de edad, convirtiéndola en una anomia asiliente que transforma la visión real de nosotros mismos.

Las conclusiones extraídas en el Primer Congreso Mundial de Resiliencia, celebrado en París, en febrero de 2002, destacaban que la resiliencia está conformada por ocho pilares fundamentales con los que nacemos todos: Autonomía, Afrontamiento, Autoestima, Conciencia, Responsabilidad, Esperanza/Optimismo, Sociabilidad inteligente y Tolerancia a la Frustración. No obstante, depende de nuestro entorno, de nuestro contexto social y de los vínculos de

afecto que construimos a lo largo de nuestra vida, que desarrollemos esa capacidad de resiliencia en mayor o menor medida.

Vanistendael (2002) explica el proceso resiliente a partir de su metáfora de “la casita”. Él concibe la resiliencia como una casita con varios pisos y habitaciones. El suelo sobre el que se construye la casita representaría las necesidades materiales de base como son la comida y los cuidados de salud. Los cimientos están constituidos por los vínculos, las redes de contacto formales e informales. El autor habla de la necesidad de que exista un vínculo fuerte y constructivo con al menos una persona, que no tiene por qué ser una figura paterna, sino que puede ser un pariente, un conocido, un vecino, un profesional... que cree verdaderamente en el potencial del niño y lo acepta como persona. En la planta baja de la casita se encuentra la capacidad de descubrirle un sentido a la vida, algo que puede estar vinculado a una fe religiosa, a un compromiso político o humanitario. En el primer piso, se encuentran tres habitaciones: la autoestima, las aptitudes y competencias personales y sociales, y el sentido del humor. Y por último, en el desván, se deja una gran habitación a las nuevas experiencias que quedan por descubrir en la vida tras un sufrimiento.

Todos estos hallazgos en el ámbito de la resiliencia ponen de relieve que una o varias experiencias negativas no tienen por qué determinar el futuro de una persona. Como diría Cyrulnik (2001) un niño herido no está condenado a ser un adulto fracasado necesariamente. La vida es una carrera de fondo llena de obstáculos que debemos ir salvando si queremos llegar a la meta satisfechos con el recorrido que hemos hecho. Se trata además de una carrera en equipo, donde siempre tiene que existir alguien que nos acompañe, nos apoye, y nos anime a seguir adelante cuando nos flaquean las fuerzas.

Los autores procedentes de la corriente de la Psicología Positiva manifiestan que uno de los elementos más importantes para hacer frente a la adversidad es el uso de las emociones positivas y de la risa (Bonanno, 1997). Las diversas investigaciones realizadas en este ámbito han demostrado que las emociones positivas pueden ayudar a reducir los niveles de angustia tras situaciones adversas, así como un entorno social adecuado, el apoyo, y el contacto continuado con personas que sean importantes para nosotros (Bonanno, 2004). Son estas personas significativas quienes más apoyo, seguridad y cariño pueden proporcionar al niño.

«La mayoría de las características individuales asociadas a la resiliencia proceden de la educación y por lo tanto pueden aprenderse. En los distintos contextos socioeducativos las relaciones protectoras que contribuyen a la resiliencia son aquellas en las que se acepta al niño tal cual es, le transmiten un sentimiento de persona digna, valiosa, merecedora de afectos y atenciones, las que permiten trabar una relación constructiva. Un niño puede creer que la vida tienen sentido positivo y puede superar o sobrellevar una situación difícil cuando siente que es aceptado por alguien significativo para él y, al mismo tiempo, es alguien en quien poder focalizar sus necesidades de afecto de forma estable» (Uriarte, 2005: 12).

Muchos autores se han preocupado por establecer una serie de características resilientes a distintos niveles. Grotberg (2006), por ejemplo, enumera varios tipos de categorías resilientes: *yo tengo* (para referirse al apoyo externo), *yo soy* (que se relaciona con la fuerza interior), *yo estoy* (referida a la proyección que hago de mí mismo), y *yo puedo* (que tiene que ver con las capacidades interpersonales y de resolución de conflictos).

Ungar (2003) distingue diferentes niveles ecológicos en el estudio de la resiliencia: las características individuales, las interpersonales, las familiares y, las socioculturales y ambientales.

Henderson y Milstein (2003), por su parte, hablan de que la capacidad de resiliencia se compone de dos tipos de factores:

- *Factores protectores internos*, como: prestar servicios, estrategias de convivencia, sociabilidad, sentido del humor, control interno, autonomía, visión positiva del futuro, flexibilidad para el aprendizaje y conexión con éste, automotivación, competencia personal y autoestima.
- *Factores protectores ambientales*, como: la promoción de vínculos estrechos; valorar y alentar la educación; emplear un estilo de interacción cálido y no crítico; fijar y mantener límites claros (reglas, normas y leyes); fomentar relaciones de apoyo con muchas otras personas afines; alentar la actitud de compartir responsabilidades, prestar servicio a otros y brindar ayuda; ofrecer acceso a recursos para satisfacer necesidades básicas de vivienda, trabajo, salud, atención y recreación; expresar expectativas de éxito elevadas y realistas; promover el establecimiento y el logro de metas; fomentar el desarrollo de valores prosociales y estrategias de convivencia; proporcionar liderazgo, adopción

de decisiones y otras oportunidades de participación significativa; y apreciar los talentos específicos de cada individuo.

Estos autores hablan también de seis pasos para fortalecer la resiliencia, y que se fomentan desde la familia, la escuela y la comunidad. Los tres primeros buscan reducir los factores de riesgo procedentes del ambiente que mencionábamos anteriormente, y se refieren: al enriquecimiento de los vínculos prosociales, a la necesidad de fijar límites claros y firmes en la acción educativa, y a la importancia de enseñar habilidades para la vida. Los demás pasos son los que propician la resiliencia en el niño: brindar afecto y apoyo, establecer y transmitir expectativas alcanzables y, por último, brindar oportunidades de participación significativa.

El afecto y el apoyo son fundamentales en el desarrollo de la resiliencia. Además del apoyo familiar, del grupo de amigos, o de otros colectivos de nuestro entorno más cercano es fundamental el apoyo social, de las instituciones. Si no existe integración social, resulta complicado salvar las dificultades que se presentan.

En el caso de los inmigrantes, las influencias socioculturales y del entorno son fundamentales para entender cómo se desarrolla el proceso de resiliencia. Como veremos en el siguiente apartado, muchos de ellos no solo se encuentran con la dificultad de tener que rehacer sus vidas en una sociedad con una cultura diferente, sino que a veces se ven obligados a hacerlo en un entorno de gran deprivación económica y afectiva.

3. Construcción del proceso resiliente en el caso de las mujeres marroquíes: Entorno social y redes de apoyo

Cuando una persona emigra en busca de mejores condiciones de vida, no solo deja atrás su país de origen, y todo lo que ello implica desde el punto de vista afectivo y cultural, sino que se distancia de sus principales redes relacionales y de apoyo informal como: la familia, los amigos, los vecinos, compañeros de trabajo, etc.

El hecho de emigrar a otro país, con unas costumbres y concepciones socioeducativas que difieren de las de la sociedad de origen, y con unas políticas migratorias cada vez más restrictivas ya supone un duro trance. Pero este se agrava cuando el proceso migratorio va unido a unas condiciones de vida de absoluta precariedad. Por ello, es frecuente encontrar múltiples cuadros de estrés y ansiedad entre la población inmigrante, o lo que Achotegui

(2005) ha denominado “Síndrome de Ulises”, en honor a este héroe griego que padeció numerosas adversidades y peligros lejos de sus seres queridos.

El psiquiatra describe este mal como una manifestación específica de estrés provocada por: la soledad ante la separación forzosa de los seres queridos, el fracaso del proyecto migratorio, la lucha por la supervivencia, y el miedo (por encontrarse en desamparo legal, por un viaje que puede no tener retorno, por la pérdida de su integridad física, etc.). Estos duelos se dan, en diferente grado, en todos los procesos migratorios pero, como afirma el psiquiatra, no es lo mismo vivirlos en buenas condiciones que en situaciones extremas.

Achotegui (2005) distingue una serie de síntomas asociados a este Síndrome como son: la tristeza extrema o desolación, el llanto, la culpa, ideas de muerte, tensión, nerviosismo, irritabilidad, insomnio, etc. Como podemos comprobar la sintomatología es muy similar a la del estrés post-traumático, con la salvedad de que:

«la soledad, el sentimiento de fracaso, la lucha por la supervivencia no tienen nada que ver con el concepto de trastorno de estrés post-traumático en sí mismo y sin embargo, son factores esenciales en el Síndrome de Ulises. Otra diferencia radicaría en que en el Trastorno por estrés post-traumático, a diferencia del Síndrome que describimos, hay apatía y baja autoestima» (Achotegui, 2005: 17).

Según este autor, una de las variables que potencian el efecto de los factores que provocan este estrés (o factores estresores) es la ausencia de una red de apoyo social. Las redes de apoyo formales e informales son esenciales para la resiliencia, y procuran una seguridad que resulta vital para la persona que pasa por una situación traumática. En el caso de la población inmigrante este tipo de situaciones se dan con frecuencia, ya que son muchos los que arriesgan sus vidas y subsisten en condiciones extremas para poder prosperar y ayudar a sus familias.

Por ese motivo, el estudio de la influencia de las redes de apoyo en la población inmigrante ha sido objeto de interés de numerosos autores (Lynam, 1985; Aroian, 1992; Martínez, García y Maya, 1999; Aparicio y Tornos, 2005). Todos con una preocupación compartida: analizar aquella red de relaciones que se construye cuando el inmigrante cuenta *«de una manera relativamente estable con determinados conjuntos de personas o instituciones, para ayudarse emocional o utilitariamente según lo demandaren las*

situaciones que atraviesa» (Aparicio y Tornos, 2005: 40).

Efectivamente, las redes de apoyo son pilares básicos para la resiliencia. Sobre todo ante dificultades que son cotidianas para el colectivo inmigrante, y que recogeremos a continuación mediante fragmentos de algunos testimonios de mujeres inmigrantes marroquíes establecidas en España, y más concretamente en la provincia de Málaga.

3.1. Motivación para emigrar y red de apoyo familiar

El entendimiento de la capacidad resiliente de las mujeres inmigrantes marroquíes pasa por la realización de un análisis previo de su entorno social y de las razones que las conducen a emigrar. Con este propósito, mostraremos algunas de las conclusiones extraídas de un estudio³ desarrollado en la Universidad de Málaga, sobre *La crisis de las concepciones y valores educativos de las familias inmigrantes magrebíes establecidas en España* (Rascón, 2006).

Para la realización de esta investigación se pasó un número significativo de encuestas que pusieron de relieve la presencia de un proyecto migratorio claro en esta población: la búsqueda de un trabajo, de una mejor calidad de vida, y de mayores perspectivas de futuro para sus hijos (éste último motivo es compartido por un 94,7% de los padres encuestados).

Por otro lado, resulta significativo que el 83,8% de las familias marroquíes encuestadas eran monoparentales, es decir, estaban compuestas por uno solo de los progenitores. Una disgregación matrimonial que parecía estar motivada por la demanda de una mano de obra eminentemente femenina en determinadas provincias españolas (focalizadas en el ámbito doméstico y la hostelería) y, en ocasiones, con la desprotección y discriminación sufridas por muchas mujeres separadas y divorciadas en su país de origen.

Hasta hace algunos años, el Código Familiar de Marruecos (la Mudawwana) no contemplaba ninguna mención a la manutención de la esposa y de sus hijos, una vez que ésta era repudiada por su marido o se divorciaba de él. Esto provocó que muchas de estas mujeres se vieran en la necesidad de enfrentarse a un mercado laboral que hasta entonces era desconocido para la mayoría.

Al mismo tiempo, estas mujeres debían hacer frente a las críticas de determinados sectores sociales, e incluso, ocasionalmente, de sus propias familias, que no veían con buenos

ojos su condición de separadas o divorciadas. Como consecuencia, la mujer marroquí se ve obligada a abandonar su país de origen y buscarse la vida en otro lugar.

Estas situaciones pueden provocar consecuencias negativas en el proceso de construcción de la identidad cultural. El hecho de haber vivido una experiencia traumática de este tipo podría llegar a afectar la forma en la que estas mujeres perciben la realidad de su país y de su cultura de origen, creando una actitud de rechazo hacia todo lo que procede de Marruecos y de la cultura marroquí, y dificultando con ello su capacidad de resiliencia. Este es el caso de Estrella, una mujer marroquí que fue repudiada por su marido por el hecho de haber dado a luz a una niña en lugar de un niño. Estrella vino a nuestro país en la más absoluta pobreza, en busca de una oportunidad para su hija y para ella, y ahora que su situación económica está más estabilizada, no quiere saber nada de Marruecos, su país de origen, porque solo le trae malos recuerdos.

La concepción tradicional de la mujer como la eterna niña indefensa, así como la flexibilidad en la interiorización de las normas sociales que les son impuestas, y el seguimiento más o menos estricto de las tradiciones culturales, van a ejercer gran influencia en la capacidad resiliente y en la construcción de la identidad de las mujeres marroquíes cuando se establecen en España.

3.2. Apropiación del espacio y creación de redes sociales

La sociedad marroquí realiza una diferenciación en los contextos de interacción social a partir del género, confinando tradicionalmente a la mujer al ámbito privado, y dejando al hombre el ámbito público.

La mujer tiene la oportunidad de introducirse en el espacio público a través del uso del velo, el cual le permite acceder a cualquier lugar sin necesidad de mostrarse al exterior y preservando su identidad. La utilización que se hace de esta prenda es muy variada: puede ser empleada por convicción religiosa, por reivindicación de una identidad colectiva, por motivo de luto, etc. No obstante, el velo no es una condición indispensable para moverse libremente en los espacios público y privado, ya que existen zonas de Marruecos donde su uso es más generalizado que en otras.

Tras el proceso migratorio, estas mujeres manifiestan haber sentido rechazo por el uso del velo en la sociedad receptora. Este hecho se acentuó tras los atentados terroristas del 11-S en New York y del 11-M en Madrid, dos acontecimientos trágicos que llevaron a

Occidente a interpretar el uso del velo como un símbolo de sumisión o de vuelta al islamismo más radical:

«Lo que ha pasado en Madrid (11-M) ha sido como cuando pasó lo de Estados Unidos (11-S), que nos ven como terroristas. A veces no merece la pena llevar el velo (se refiere a que la gente puede pensar mal de ellos), pero creo que lo tengo que llevar por mis creencias. Mis hijas, las que se han educado en España, es probable que no se lo pongan, porque han visto unas costumbres distintas. No me importa si visten sin velo, lo importante es que vista bien» (Yasmina).

Pero no solo el espacio va a condicionar las relaciones sociales de las mujeres, sino también el género. La educación escolar y familiar que se proporciona en sociedades patriarcales como la marroquí, establece una diferenciación muy acusada entre los roles femenino y masculino, separando aquellas tareas que se consideran propias de la mujer de las del hombre.

Las mujeres son educadas para cumplir satisfactoriamente con sus roles de madre y esposa, mientras que al género masculino se le asigna la responsabilidad de la protección económica y social de sus familias. Esta distinción de espacio y de roles parece dificultar las interacciones entre ambos sexos, complicando la posibilidad de que la identidad femenina entre en contacto con la masculina desde edades tempranas, e impidiendo que ambas se impregnen de las normas, valores y actitudes que les han sido transmitidos.

«Madre: Allí la vida es más tranquila y los hombres están más en la calle que las mujeres.

Entrevistadora: Las mujeres están más en la casa claro.

Madre: Es que eso todo tiene que ver con el estilo de vida, la sociedad, porque allí las mujeres después de terminar las cosas de la casa están charlando con la vecina, están en casa de un familiar, pero si no han ido nunca al colegio... Últimamente están cambiando las cosas en Marruecos» (Entrevista a Sara, p. 115-119).

Como se puede observar en este testimonio y en el que le precede, las relaciones sociales de las mujeres migrantes se van a limitar principalmente al ámbito privado. Esto es, a las reuniones en casa de familiares, vecinos y amigos; y a la asistencia a acontecimientos familiares como nacimientos, bautizos, bodas, etc. Además, ellas van a ser las encargadas de apropiarse de este espacio, convirtiendo la casa en un punto de encuentro femenino.

«Entrevistadora: ¿Cómo ha cambiado su vida en cuanto a las

relaciones sociales: a salir de la casa, si ahora se queda más en casa...?

Mediadora cultural: (traducción) Dice que la diferencia se nota mucho en los vecinos, que ahí a lo mejor conoce a gente de lejos. O sea, que no tiene por qué ser al lado de...

Entrevistadora: Que tiene más conocidos por la calle.

Mediadora cultural: Sí, sí, ella conoce a mucha más gente, más que aquí, aquí se siente sola dice. Su sobrina es la única que le da compañía (que vive aquí).

Entrevistadora: ¿Y salía más allí?

Mediadora cultural: (Traducción) Dice que allí la mayoría de las relaciones sociales se producen en bodas, bautizos, y cuando hay alguna persona que tiene cualquier cosa van a visitarla. Y también cuando entra cualquier persona en un hospital, quiere decir que existe una buena relación en los buenos y malos momentos.

Entrevistadora: Aquí no tiene muchas relaciones.

Madre: No» (Entrevista a Yamila, p. 125-140).

El hecho de que tradicionalmente, en Marruecos, las relaciones sociales de las mujeres hayan estado circunscritas al ámbito privado trae como consecuencia la aparición de un fuerte sentimiento de soledad tras su proceso migratorio. Muchas de ellas no tienen amigos ni familia a los que visitar en España, y sus relaciones con el vecindario no tienen el mismo cariz de complicidad que encontraban en su país de origen, especialmente cuando emigran a grandes ciudades.

El sentido de solidaridad vecinal varía al interaccionar con las costumbres individualistas occidentales, y con la falta de tiempo provocada por el exceso de horas de trabajo que exigen los puestos de hostelería o el ámbito doméstico, principales fuentes de empleo entre la población inmigrante femenina.

«Entrevistadora: ¿Qué cosas echas de menos?

Madre: ¿Qué cosas? Ahí, en Marruecos, por ejemplo, tenemos vecinos, muchas amigas, hacemos té y comida, venimos todos y comemos juntos.

Entrevistadora: Los vecinos y todo ¿no?

Madre: Sí, salimos y nos sentamos en la puerta, tú me cuentas cosas y yo te cuento a ti y eso (risas). Sí, y aquí no. Aquí hay vecinos, pero yo no sé ni el nombre de ellos. Nos encontramos en el camino, ¡hola!, y ya está» (Entrevista a Saray, p.168-173).

Por otro lado, el espacio público está muy ligado al ámbito laboral, por lo que muchas mujeres no pueden acceder a él por esta

vía. En este sentido, una idea reiterada que aparece en las entrevistas realizadas es que la sociedad marroquí acepta en mayor medida que la mujer trabaje, siempre y cuando no esté casada.

Generalmente las mujeres de los núcleos rurales trabajan en el mercado textil, confeccionando y cosiendo prendas; y las pertenecientes a ámbitos urbanos desempeñan también cargos públicos como: maestras, secretarias, funcionarias, etc. Sin embargo, cuando la mujer contrae matrimonio, no está bien visto socialmente que permanezca en el ámbito laboral y aporte fondos a la economía familiar, ya que sus tareas principales deben ser el cuidado de su esposo y de sus hijos.

Este concepto del trabajo varía forzosamente cuando migran a España, porque la mayoría de las amas de casa se ven obligadas a buscar un empleo con motivo de la supervivencia familiar. Muchas llegan a manifestar un gran sentimiento de culpabilidad por considerar que descuidan ciertas tareas familiares. Este sentimiento se acentúa cuando deben acudir a la red de apoyo familiar, y dejar a sus hijos en Marruecos a cargo de algún pariente.

«La primera vez que fui (a Marruecos) no quería venir a abrazarme, y mi hermana que lo ha criado, le dice: ‘¡No, yo no soy tu madre!, porque llama a mi hermana mamá. Le dijo: ¡Yo no soy tu mamá! Tu mamá está en España trabajando por ti. Tú mamá está comprándote cositas, juguetes, ropita, y te llama por teléfono’. Yo tengo que llamarle todos los fines de semana para que escuche mi voz, y lo he pasado mal» (Fatma).

3.3. La educación: una herramienta fundamental para la construcción de la identidad y la capacidad de resiliencia

La obligatoriedad de la educación escolar en España también supone un cambio importante en las concepciones de las mujeres marroquíes. Casi la mitad de las mujeres encuestadas abandonaron los estudios antes de finalizar la educación obligatoria (45,1%), ante la creencia familiar y social de que el conocimiento debía ser asunto de hombres. La sociedad en la que se educaron la mayoría de ellas no encontraba sentido a que la mujer se formase, más aún cuando su máxima prioridad no era trabajar, sino casarse y cuidar de los hijos nacidos del matrimonio.

Tras el proceso migratorio, esta incorporación temprana de la mujer marroquí a la vida activa del hogar va a provocar la existencia de un contraste significativo entre su niñez y la que viven sus hijos. La extensión de la educación a todas las capas sociales, y

la obligatoriedad escolar hasta los dieciséis años, que establece el sistema educativo español, repercutirá en las dimensiones subjetivas (creencias, valores, pensamientos, sistemas de selección internos, etc.) con las que ambas generaciones se van a enfrentar a la construcción de su identidad.

Este cambio de mentalidad se observa tanto en las entrevistas como en los resultados obtenidos en las encuestas, pues todas las informaciones apuntan a que actualmente la máxima prioridad de las familias marroquíes es que sus hijos, con independencia de su sexo, estudien una carrera que les permita trabajar en algo que les guste, y no depender económicamente de su pareja (en las encuestas, el porcentaje de padres que tienen esta opinión asciende a un 86,4%).

«Entrevistadora: Tú ¿qué quieres para tu hija? ¿Qué te gustaría a ti para su futuro?»

Madre: Yo quiero que ella tenga estudios, que trabaje.

Mediadora: Ahora a lo mejor si no tiene eso, su futuro será estar siempre detrás de un hombre.

Madre: Sí.

Entrevistadora: Sí, hay menos estabilidad a lo mejor.

Madre: Igual que yo, si mi marido me falta, no sé» (Entrevista a Laila, p. 749-763).

La educación juega un papel primordial en la construcción de la resiliencia y de la identidad colectiva, la cual adquiere un papel destacado en el caso de las mujeres marroquíes, para las que el cumplimiento de las normas sociales de su país de origen se vuelve más estricto. Tradicionalmente, y aún sin haberlo elegido, se les ha venido asignando el rol de guardianas de la identidad colectiva, recayendo sobre ellas el mayor peso cultural.

La mujer, encargada de educar a la prole, es la responsable de reproducir las costumbres y los valores socioeducativos de la sociedad de origen, así como de transmitirlos a sus hijos. Gracias a ellas sobreviven algunos de los elementos más destacados de la cultura popular marroquí como: la gastronomía típica, el uso del *hiyab* y de la chilaba o el tejido de alfombras. Cuando migran, el contacto con la sociedad receptora hace que varíen algunos de sus comportamientos y costumbres, pero continúan manteniendo su responsabilidad de transferir a las segundas generaciones el compendio de símbolos y significados culturales característicos de la sociedad marroquí.

Otro aspecto destacado de la identidad cultural de las

mujeres marroquíes es la lengua de origen. En Marruecos existe una lengua oficial que es el árabe clásico, y otras maternas que pueden ser dialectos del árabe o el bereber y sus respectivos dialectos. El árabe clásico es el idioma que se emplea en contextos formales, y también es el idioma de la religión, del Corán, pues es la única lengua reconocida oficialmente como tal y la única que puede ser leída o escrita. Todas estas características proporcionan al árabe clásico un valor superior a las demás lenguas utilizadas en el país, de hecho el 94,8% de los padres encuestados consideran muy importante que sus hijos aprendan esta lengua. Sin embargo, para los analfabetos, los que tienen un nivel de estudios bajo, y las segundas generaciones, esta lengua es prácticamente desconocida, pues generalmente no la utilizan para comunicarse oralmente, un hecho que frustra a muchos padres y madres marroquíes.

«Hermana de la madre: No, a ella lo que le interesa es lo que estudian los colegios, el árabe clásico. El que aprende en casa (dariya) nada más le sirve para hablar, no para leer ni para escribir.

Mediadora: Y tú quieres que ella pueda...

Madre: Depende, no solamente hablarlo como yo, yo ya sé hablarlo pero yo no sé escribirlo ni leerlo. A mí me gustaría que mi hija lo escriba y lo lea, aparte de hablarlo, eso ya, si sabe escribir y leer ya sabe hablar» (Entrevista a Yasmín y su hermana, p. 608-610).

La cotidianeidad en el uso de la lengua materna le confiere a ésta el poder de otorgar al individuo un elemento a partir del cual sentirse perteneciente a una comunidad, a una red social. La mujer marroquí es generalmente la que más tiempo pasa con sus hijos, de ahí que la lengua utilizada para interactuar con ellos (la lengua materna) sea la que mejor exprese su sentido de pertenencia. Por el contrario, las segundas generaciones hacen un uso diferenciado de su lengua materna y de la española según el contexto en el que se encuentra.

Tras el proceso migratorio, el desconocimiento de la lengua española es percibido por parte de algunas de estas mujeres como un ataque a su autoestima, que además de dificultarles la comunicación, pone al descubierto su vulnerabilidad frente a aquellos ante los que les gustaría aparentar no tener debilidades: los hijos.

«Quizás yo tengo el problema ese de que cuando quiero acudir a algo, al mismo vecino o cualquier otra cosa que quiera hacer, tengo el problema del idioma. Ha estado riéndose de mí mi hija, porque lo digo como sea pero sabiendo que lo entiendo. Me dice mi hija: `que

no se dice así, que no se dice´. Mi hija me corrige» (Entrevista a Zahra).

3.4. Las ventajas y dificultades para establecer redes de apoyo en el país de acogida

Según parece, la variación de algunas costumbres y tradiciones, como las diferencias en cuanto a la celebración de las fiestas religiosas, la pérdida de complicidad con los vecinos, el aislamiento doméstico o la ruptura de la familia extensa, se deben más a una cuestión externa que a una dimensión afectiva. Es decir, las mujeres marroquíes establecidas en España sienten afinidad y preferencia por los patrones culturales de su propio grupo, pero se encuentran con una serie de dificultades en el país de acogida que les impiden desarrollarlos tal y como les gustaría. Entre ellos: las limitaciones propias de un horario laboral inflexible, la ausencia de una normativa legal que contemple sus necesidades, unas viviendas reducidas en las que resulta imposible albergar a un número elevado de inquilinos, la imposibilidad de participar en la vida pública mediante el acceso al voto, la ausencia de familiares, etc.

En lo que se refiere a los valores y a las concepciones socioeducativas, quizás la transformación más significativa es la que tiene que ver con la libertad. Para las mujeres marroquíes supone una especie de liberación poder desarrollar algunos de los aspectos asociados a su rol como mujer en la vida pública, y establecer nuevas redes de apoyo como alternativa a la familiar. Por esta razón, algunas de las cosas que más aprecian de su vida en España son, por ejemplo: poder salir a la calle y entrar a un bar sin la compañía de un hombre, y no ser criticadas por ello; en caso de estar divorciadas o viudas, tener la posibilidad de hacer una vida normal sin necesidad de tener que recluírse en casa; poder pintarse y arreglarse como quieran sin temor a las represalias; o poder expresarse libremente sin miedo a la censura.

«Entrevistadora: ¿Qué cosas te gustaban a ti más?

Madre: Aquí muchas cosas. La libertad, mucha más libertad. En Marruecos no puedes, no puedes salir sola, no puedes... Aquí más tranquila, aquí se puede salir sola y nadie puede decir nada. En Marruecos, si sales sola, te pintas, o vistes bien y...

Entrevistadora: Y ya están hablando mal ¿no?

Madre: No, y haces algo, y ´no sé qué, no sé qué´ (habladurías). Por eso vine aquí a buscar trabajo, y lo encontré el primer día que vine, trabajé en el mercado» (Entrevista a Fátima, p.139-148).

Muchas de estas mujeres no reciben ningún tipo de apoyo familiar, social ni institucional por parte de sus sociedades de origen. Por ello, la mejor vía para superar las dificultades que las obligaron a emigrar es rehacer su círculo de relaciones sociales en la sociedad de acogida, y establecer redes de apoyo que favorezcan su capacidad resiliente. Para ellas es muy difícil encontrar estas redes en Marruecos, pues el sistema legislativo y social no contribuye a ello.

4. Conclusiones

La resiliencia es una capacidad innata a cualquier ser humano, y es el entorno personal y social y las interacciones que se dan entre éstos y el individuo, quienes se encargan de fortalecer esta capacidad o debilitarla.

Si bien todos pasamos en algún momento de nuestras vidas por situaciones difíciles de afrontar, hay poblaciones de riesgo, como es el caso de los inmigrantes, que se enfrentan a una realidad más complicada a consecuencia de su exclusión social. Además de sufrir las dificultades propias de cualquier proceso migratorio (soledad, tristeza y melancolía por dejar atrás parte de sus códigos culturales, tradiciones, de su entorno social y de sus familiares y seres queridos) se ven obligados a buscarse la vida en condiciones muy precarias desde el punto de vista socioeconómico.

En este tipo de situaciones es fundamental contar con redes de apoyo personales e institucionales que proporcionen el acompañamiento, el afecto y los mecanismos de ayuda necesarios para que estas personas logren salir a flote a pesar de las situaciones de privación y de estrés que les rodean. Además, tal y como apuntan Aparicio y Tornos (2005), para que estas redes de apoyo funcionen es necesario que exista entre ellas una continua interrelación que garantice el bienestar emocional y físico de la persona que migra.

Es frecuente encontrar entre la población inmigrante personas que tienen un sentimiento de pertenencia a su sociedad de origen muy marcado. De tal manera que encuentran más dificultades para abrirse a las influencias de la sociedad de acogida, poniendo en riesgo no solo su capacidad resiliente sino también la de sus hijos, las segundas generaciones. A menudo, estos jóvenes se encuentran con graves dificultades en su proceso identitario. La necesidad de sentirse incluidos en ambos entornos provoca que a menudo encuentren dificultades para compaginar las exigencias

culturales de sus padres y las de la sociedad mayoritaria.

En el caso de la población marroquí hemos podido observar que, a consecuencia de su condición de guardiana de la identidad colectiva, la mujer suele tener más desarrollado el sentimiento de pertenencia a su país de origen que al país de acogida. De tal manera que el apego a las costumbres, tradiciones, valores, creencias y concepciones propias de la cultura marroquí es considerable.

Este sentimiento de apego se manifiesta a través del uso de prendas típicas de Marruecos como el pañuelo y la chilaba, la elaboración de platos tradicionales, la búsqueda y el apoyo moral y económico a otros compatriotas a partir de asociaciones constituidas por ellos mismos la celebración de sus fiestas populares, el respeto a las personas mayores, etc. No obstante, las dificultades estructurales de la sociedad receptora y el aislamiento de muchas de estas mujeres, son cuestiones que dificultan que éstas se reúnan y se movilicen para actuar a favor de las causas y las necesidades de su comunidad cultural.

Es importante cuidar este sentimiento de pertenencia y de apego a la cultura de origen para el equilibrio emocional y para la significación sociocultural que, según Cyrulnik (2002), atribuimos a las situaciones difíciles. Pero, del mismo modo, resulta crucial favorecer el intercambio cultural entre las minorías y la sociedad mayoritaria y estar abiertos a recibir influencias de otras culturas.

Por último habría que hacer especial hincapié en la necesidad de contribuir a la cohesión social, garantizando un sistema de apoyos sociales que favorezca que los colectivos en exclusión social tengan la posibilidad de recuperarse tras situaciones que suponen un riesgo para su salud física y psíquica.

Referencias

Achotegui, J. (2005). Estrés límite y salud mental: el síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (Síndrome de Ulises). *Revista Norte de Salud Mental*, 5(21) (2005), 39-53.

Aparicio, R.; Tornos, A. (2005). *Las redes sociales de los inmigrantes extranjeros en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Aroian, K. J. (1992). Sources of Social Support and Conflict for Polish Immigrants. *Qualitative Health Research*, 2(12) (1992), 178-207.

Bonanno, G. A.; Keltner, D. (1997). Facial expressions of emotion and the course of conjugal bereavement. *Journal of Abnormal Psychology*, 106 (1997) 126-137.

Bonanno, G. A. (2004). Loss, Trauma and Human Resilience.

- American Psychologist*, 59(1) (2004), 20–28.
- Cyrulnik, B. (1999). *Un merveilleux malheur*. París: Odile Jacob.
- Cyrulnik, B. (2001). La maravilla del dolor. El sentido de la resiliencia. Barcelona: Granica.
- Cyrulnik, B. (2002). *El murmullo de los fantasmas. Volver a la vida después del trauma*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrulnik, B. (2008). *Los patitos feos*. Barcelona: Gedisa.
- Grothberg, E. (1995). *The International Resilience Project: Promoting Resilience in Children*. Alabama: Civitan International Research Center.
- Henderson, N.; Milstein, M. M. (2003). *Resiliency in schools: Making it happens in students and educators*. Thousand Oaks, CA: Corwin Press.
- Kotliarenco, M.; Cáceres, I. (2011). *Estado del Arte en Resiliencia III* (en prensa). Contenido del curso de Diplomado “Promoción de la Parentalidad Positiva: Estrategias de Evaluación e Intervención Ecosistémicas”, organizado por el Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer (CEANIM).
- Lynam, M. J. (1985). Support networks developed by immigrant women. *Social Science and Medicine*, 21(3) (1985), 327-333.
- Martínez, M. F.; García, M.; Maya, I. y otros (1996). *La integración social de los inmigrantes africanos en Andalucía*. Sevilla: Necesidades y Recursos, Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía.
- O’Dougherty Wright, M.; Masten, A. (2013). Resilience Processes in Development: Four Waves of Research on Positive Adaptation in the Context of Adversity. In S. Goldstein and R. B. Brooks (Eds.), *Handbook of Resilience in Children*, 15-37. New York: Springer.
- Rascón Gómez, M. T. (2006). *La construcción de la identidad cultural desde una perspectiva de género: el caso de la población marroquí*. Málaga: Spicum.
- Rutter, M. (1985). Resilience in the face of adversity: Protective factors and resistance to psychiatric disorder. *British Journal of Psychiatry*, 147 (1985), 598-611.
- Rutter, M. (1990). Psychosocial resilience and protective mechanisms. In J. Rolf, A. S. Masten et al. (Eds.), *Risk and protective factors in the development of psychopathology*, 181-214. New York: Cambridge University Press.
- Rutter, M. (1993). Resilience; some conceptual considerations. *Journal of Adolescent Health*, 14(8) (1993), 626-631.
- Rutter, M. (1999). Resilience concepts and findings: Implications for family therapy. *Journal of Family Therapy*, 21 (1999), 119–144.
- Suárez, N.; Munist, M.; Kotliarenko, M. (Eds.) (2004). *Resiliencia, tendencias y perspectivas*. Argentina: Fundación Bernard van Leer (UNLA).
- Ungar, M. (2003). Qualitative contribution to resilience research. *Qualitative Social Work*, 2(1) (2003), 85-102.
- Uriarte, J. (2005). La resiliencia. Una nueva perspectiva en

psicopatología del desarrollo. *Revista de Psicodidáctica*, 10(2) (2005), 51-80.

Vanistendael, S.; Lecomte, J. (2002). *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa.

Werner, E. E.; Smith, R. S. (1982). *Vulnerable but invincible: A study of resilient children*. New York: McGraw-Hill.

Werner, E. E. (1995). Resilience in development. *Current Directions in Psychological Science*, 4 (1995), 81–85.

Wortman, C. B.; Silver, R. C. (1989). The myths of coping with loss. *Journal of consulting and Clinical Psychology*, 57 (1989), 349-357.

¹ ***The influence of support networks in building resilient process of immigrants***

Recibido: 02/02/2016; Aceptado: 18/04/2016

² Doctora.

Universidad de Málaga (España).

E-mail: trascon@uma.es

³ Este estudio fue desarrollado por el grupo de investigación de Teoría de la Educación y Educación Social (HUM-169) de la Universidad de Málaga. Su objetivo era profundizar en un tema central para el desarrollo del autoconcepto, como es el proceso de socialización primaria de los chicos y chicas marroquíes establecidos en España. Los instrumentos de recogida de información fueron las encuestas (que se pasaron a 79 madres y padres de origen marroquí con hijos escolarizados en España, y a 80 chicos y chicas marroquíes en edad escolar); las 25 entrevistas en profundidad realizadas a madres marroquíes, y el diario de campo (donde se recogían, entre otros apuntes, las transcripciones de los diferentes grupos de discusión creados a raíz de la constitución de dos escuelas de madres marroquíes en dos centros educativos de la provincia de Málaga).